



# Homilía

## Santa Misa de la Cena del Señor

*Santa Iglesia Catedral, Jueves Santo 21 de abril de 2011*

*Queridos sacerdotes; religiosos/as; seminaristas; hermanos todos en el Señor:*

Con esta Misa vespertina del Jueves Santo inauguramos el Triduo Pascual. En esta liturgia se conmemora el día en que Cristo, en su Cena de despedida antes de la muerte, instituyó la Eucaristía, dio la gran lección de humilde servicio lavando los pies a sus Apóstoles, y los hizo sacerdotes mediadores de su Palabra, de sus sacramentos y de su salvación.

Pues bien, después de haber celebrado la institución del sacerdocio en la Misa Crismal, centremos ahora nuestra mirada, sobre todo en la Cena, como momento eucarístico por excelencia; y previo a ella, en el gesto de purificación, expresado plásticamente en el lavatorio de los pies, que hoy viviremos también en nuestra celebración.

**“Si no te lavo no tienes parte conmigo...”**

La comunidad cristiana ha valorado esta tradición del evangelio de San Juan como un verdadero mandamiento de Jesús y la ha celebrado año tras año como una acción sacramental, que debe hacer posible asumir auténticamente el espíritu del Señor. No es simplemente el recuerdo de un episodio interesante y conmovedor de la vida de Jesús, sino que es toda una Palabra, una expresión sacramental que muestra la forma de ser discípulos del Maestro:

“... También debéis lavaros los pies unos a otros... os he dado ejemplo, para que... hagáis como yo he hecho con vosotros” (Jn 13,14)

El lavatorio de los pies nos transmite un mensaje verdaderamente central en la existencia de Jesucristo: **“los amó hasta el extremo”**, afirma el Evangelista. La vida del Maestro ha sido un testimonio constante de la inversión de valores que hay que establecer para poder formar parte del Reino de Dios. No es el poder, ni la riqueza, ni ningún otro motivo de dominación lo que constituye el secreto de la grandeza del hombre, según la sabiduría de Dios. Lo que de verdad ennoblece al hombre es el tener la disposición permanente para servir.

Jesús lo ha proclamado en este evangelio de Juan por medio de una parábola que tiene una fuerza incomparable: el Maestro se ha convertido en un esclavo. El sentido profundo de su existencia, siendo el **“Señor”**, es el de ser **“servidor”**.

“Porque el Hijo del hombre no ha venido para que le sirvan, sino para servir y dar su vida en rescate por muchos” (Mc 10, 45)

Son por tanto la humildad y el servicio las claves para edificar un mundo, cuya razón de ser nos viene revelada por el mismo Dios. De esta forma, Jesús nos muestra quién es Dios; no el soberano ausente, sentado en un trono lejano, sino el Dios que en Él se ha puesto al servicio del hombre. Con este gesto de abajamiento, Jesús ha elevado al hombre hasta su misma dignidad: **“hasta que llegemos todos a la unidad de la fe y del conocimiento pleno del Hijo de Dios, al estado de hombre perfecto, a la madurez de la plenitud de Cristo”** (Ef 4,13), nos dice San Pablo. En una palabra, ha hecho a todos iguales y libres.

Sus discípulos tendrán la misma misión: crear una comunidad de hombres iguales y libres. Iguales en dignidad y libres para buscar y hacer la voluntad de Dios, que siempre constituye la perfección de la

humana. Por el contrario, el poder que se pone por encima del hombre, oprimiéndolo, intenta ponerse también por encima de Dios. Jesús destruye toda pretensión de soberbia mostrando al mismo tiempo, el rostro de Dios y el rostro del hombre.

El rechazo de Pedro indica que éste no ha entendido la acción de Jesús. Él piensa en un Mesías glorioso y dominador, que no admite la igualdad y menos aún, la humildad que se rebaja para elevar al prójimo. Aún no sabe lo que significa y supone el amor, pues no deja que el Señor se lo manifieste. Pero Jesús, al tiempo que ha expresado la grandeza de su amor, nos ha dejado igualmente su medida y la forma de llevarlo a cabo: **“Si Yo lo he hecho con vosotros... haced vosotros lo mismo”** (Cf Jn 13, 12-15). Cabría añadir aquí sus palabras sobre el Mandamiento nuevo, que pronunciará más tarde:

**“Amaos, como Yo os he amado, pues en este amor conocerán todos que sois mis discípulos...”** (Jn 13, 34s)

### **“Esto es mi Cuerpo que se entrega por vosotros...”**

En relación a la Cena vemos que hace referencia a la comida ritual con que Israel celebraba la fiesta de la **Pascua**. Siguiendo las reflexiones del Papa –en su libro “Jesús de Nazaret” (I y II)-, esta fiesta –que conmemoraba el **“paso”** de Israel de la **“esclavitud”** a la **“libertad”** en su salida de Egipto, camino de la tierra Prometida, era –y es- una fiesta eminentemente familiar. Aunque los corderos se sacrificaban por la tarde en el templo, la fiesta como tal se celebraba al anochecer en las casas, donde el padre de familia actuaba de jefe y anfitrión, haciendo **“memoria”** de las maravillas que Dios había obrado a favor de su pueblo a lo largo de la historia... en una noche abierta sobre todo a la esperanza, al **“paso”** del Señor, que siempre abre caminos de salvación.

De esta forma, toda la ciudad de Jerusalén se constituye en esa noche en ámbito de lo sagrado y las casas como lugares concretos de la experiencia de Dios. Ya en el libro del Éxodo se describe cómo en aquella noche decisiva de la historia de Israel, comieron el **“cordero”**, con cuya **“sangre”** habían untado las puertas de las casas, en una reunión familiar consagrada a la alabanza y gloria del Señor, al tiempo que, fuera, el paso de la **“muerte”** sembraba el llanto en Egipto mientras que la fe del pueblo elegido lo hacía testigo del Dios que **“derriba del trono a los poderosos y enaltece a los humildes”**. (cf Lc 1, 52)

También Jesús celebró **“su”** Pascua conformándose al espíritu de esa fiesta: en casa, con su familia; es decir, en el Cenáculo –prestado para la ocasión- y con los Apóstoles, que se habían convertido en su nueva familia. El Papa recoge el dato de cómo, en aquel tiempo, los judíos que acudían a Jerusalén podían organizarse en pequeñas asociaciones de peregrinos, a modo de **“familias”** -llamadas **“chaburot”**-, para poder comer la Pascua según el ritual vigente. En aquella noche estaba prohibido abandonar la ciudad. Todo giraba, pues, en torno a la casa, la familia y el cordero...

Pues bien, nosotros somos la familia de Jesús, sus compañeros de peregrinación que con Él recorren el camino del Evangelio en esta tierra concreta de Jerez y en este momento de la historia. Y hoy, en este **“Cenáculo”** de la Catedral, se actualiza y viene de nuevo Jesús que nos ha convocado aquí para celebrar esta Cena, en la cual, Él, **“cordero de Dios que quita el pecado del mundo”** se ofrece como **“víctima”** por su **“sangre derramada”** en Alianza eterna a favor de todos los hombres; y nos da a comer su **“carne”**, **“pan de vida eterna para la vida del mundo”** (cf Jn 6, 51).

**“Porque su carne es verdadera comida y su sangre verdadera bebida”** (Jn 6, 55), nos dijo el mismo Jesús anticipando ya lo que sería la Eucaristía; de la misma forma que la Última Cena anticipó también el sacrificio de la Cruz, como un sacramento del **Misterio Pascual** -Misterio de su Pasión, Muerte y Resurrección- porque su vuelta a la vida vino a **“sellar”** sus palabras y confirmar su Alianza: **“he aquí que yo estoy con vosotros todos los días hasta el fin del mundo”** (Mt 28, 20).

Esto es lo que hoy celebramos. Este es el gran regalo de nuestro Dios en el que la Iglesia, y por tanto todos nosotros, encontramos nuestra razón de ser, nuestro alimento y nuestra fuerza. Como decía Juan Pablo II en su última Encíclica:

“La Eucaristía es el Sacramento que contiene todo el bien espiritual de la Iglesia, es decir, Cristo mismo, nuestra Pascua; y Pan de Vida, que da la vida a los hombres por medio del Espíritu Santo” (EdE n. 1).

Ella es el don por excelencia, porque es el don de Jesucristo de Sí mismo, de su Persona en su santa humanidad y, además, de su obra de salvación. Por tanto, vivamos intensamente esta celebración de la Última Cena donde Jesús se nos manifiesta en el mismo horizonte de humildad, grandeza y generosidad que veíamos antes, en el gesto del lavatorio y que San Juan resumía diciendo: **“Los amó hasta el extremo”**.

### **“Dios está aquí**

Por último, hermanos, al finalizar la liturgia del Jueves Santo, la Iglesia imita el camino de Jesús trasladando al Santísimo hasta el “monumento”, que representa la soledad de Getsemaní, la soledad de la mortal angustia de del Señor. Allí se nos llama, como a los discípulos, a acompañarle en la hora de su soledad. Es un apremio a buscar siempre al Señor, a Él, que es el olvidado del mundo de hoy y a permanecer a su lado allí donde los hombres se niegan a reconocerle.

Igualmente, este gesto litúrgico de adoración del Santísimo nos invita también a buscarle entre aquellos que están solos, de los cuales nadie se preocupa; y renovar con Él, en medio de las tinieblas, la luz de la vida, que **«Él»** mismo es. Porque es su camino el que ha hecho posible que en este mundo se levante el nuevo día, la vida de la Resurrección, que ya no conoce la noche.

Que la **Santísima Virgen María** nos abra los ojos del corazón para -como Ella- no dudar nunca de su amor y poder mantenernos en las mismas palabras de Jesús: **“Amaos como Yo os he amado”**.

**+ José Mazuelos Pérez**  
Obispo de Asidonia-Jerez